

# **La Hija del Mar**

**Jesús García Tomás**

**Hogar**

**Delfín**

**Sirena**

**Gran Sol**

**Delfines**

**Perlas**

**Pulpo**

**Kraken**

**Cachalote**

**Amanecer**

# Hogar

La campaña de pesca había concluido con resultados adversos. Los caladeros del Gran Sol ya no eran generosos, como solían, y la merluza y el sargo los habían abandonado. La pesca obtenida no era suficiente siquiera para proporcionar una frugal comida a los pescadores ni para realizar las labores de mantenimiento del pesquero.

Resignados, regresamos a Malpica, la capital de los Bergantiños, centro neurálgico en la costa que va de Arteixo a Cabo Finisterre.

Mi esposa e hija, junto con los familiares de la tripulación, esperaban anhelantes en el puerto. El viento agitaba las faldas y los pañuelos que cubrían los cabellos, impulsándolos en línea con el linde del muelle, y el envite de las olas lanzaba cortinas de agua sobre sus cuerpos ateridos. Nos abrazamos y nadie hizo preguntas. Nuestra expresión reflejaba la tristeza de los pensamientos y los corazones. Manuela me abrazó con intensidad, sin palabras. Habíamos cruzado una terrible tempestad en la que, una y otra vez, habíamos sentido cómo la mar nos absorbía y enviaba al fondo del abismo. Luchamos contra la adversidad con la energía que nos proporcionaba el instinto de supervivencia y el deseo de regresar al hogar con nuestras familias. La pequeña Hilda apretaba mi mano. Otra campaña más y me encontraba de nuevo en mi hogar, junto a mi esposa y mi hija.

«¿Son peores las calmas o las tormentas?» Pilotando el arrastrero desde el puente, siento las rodillas y todas las articulaciones crujir agarrotadas por el frío y la humedad. En las raras ocasiones en que el cielo está estrellado me hago preguntas absurdas para cubrir el lento transcurrir de las horas. «¿Por qué es negro el cielo a pesar de estar plagado de estrellas?».

«Si tuviera un hijo no le permitiría que se dedicara a la pesca, que tuviera que afrontar los ataques de la mar en la soledad del patrón, que no puede compartir su angustia para que la tripulación no pierda el coraje y la esperanza».

Hilda, en la soledad de las ausencias de su padre, comparte con él sus pensamientos.

«¿Por qué ya no hay hortensias, ni florecen las flores? ¿A dónde se han ido? Las has llevado al sol, al Gran Sol, donde van a parar todas las flores de la tierra. Un lugar maravilloso con una permanente primavera. Pero el Gran Sol es egoísta y nos roba todas las flores».

«Tengo que ir contigo al Gran Sol y rescatar las flores».

«Creo que no nos quieres, ni a mamá ni a mí. Lo único que te gusta es alejarte de casa para ir al Gran Sol, en donde pasas la mayor parte del año. ¿Por qué no nos llevas contigo? Allí podríamos ser todos felices».

«Cuando regresas siempre estás cansado y no tienes tiempo para hablar conmigo. Nunca he podido preguntarte cómo se vive en el Gran Sol, en donde los delfines conviven con las flores. Mamá intenta explicármelo, pero no la creo. Sé que trata de engañarme para que no me entristezca».

«Un día me subiré a un delfín y me llevará hasta el Gran Sol y luego regresaré para llevar a mamá».

«Creo que no soy su hija. Soy hija del mar y del sol y vosotros solo me habéis adoptado».

El padre sigue en el puente de mando.

«¿Qué es lo que me ha conducido a ser pescador y pilotar este arrastrero por las aguas del Gran Sol?».

«La tradición, dedicarme a lo que todos hacen en la Costa de la Muerte. O tal vez algo más profundo, el reto de enfrentarme con el infinito y desconocido mar. Un sentimiento que proviene de mis ancestros, que se establecieron en estas costas hace siglos, miles de años, tal vez».

«Mamá dice que buscas la aventura en el océano para traernos las perlas que tiene escondidas. Papá, ¿cuándo me traerás una perla del océano?».

«Si no nos traes perlas, ¿por qué te alejas tanto de nosotras? Y, cuando regresas, mamá y yo no hacemos otra cosa que remendar redes. ¿Por qué son tan tristes las redes?».

Al atardecer, cuando el océano está a punto de devorar el sol, mamá y yo, cogidas por el brazo, solemos pasear por el puerto. En realidad, no hacemos otra cosa que no sea avizorar el horizonte para cerrar los ojos y soñar que, cuando los volvamos a abrir, tu barco entra por la bocana e ilusionadas recibimos tus abrazos, aunque tu rostro refleje que la campaña ha sido mala, a pesar de que intentas ocultar su dureza.

Mamá trataba de explicarme una y otra vez que el Gran Sol no era tal como yo lo imaginaba, pero no me convencía, tal era mi certeza de que era un paraíso plagado de flores, que absorbía todas las de mi tierra. También me decía que nuestras flores brotarían cuando cesaran las persistentes lluvias y el sol iluminara nuestros campos.

Siempre me hablaba de las azaleas. Son como el amor verdadero, que florece, se expande y perdura, llenando el espacio de colores y armonía. También le gustaban las rosas, a pesar de lo difícil que es cuidarlas. Tenía predilección por una hermosa rosa a la que atendía con sumo esmero. Me la regaló tu padre, junto con las azaleas. Yo la cuido y hago que se sienta importante. Como nuestro amor y el amor que hacia ti sentimos.

Las flores comprendían y lo agradecían con una dulce y leve sonrisa.

Al atardecer, me ocultaba a la espera del *luscofusco* para ver si lograba distinguir las diminutas hadas que se escondían entre las flores. Y las avistaba cuando llegaban dentro de sus brillantes carrozas de gotas de rocío.

Sin embargo, nada de esto sucedía en los últimos años, pues el Gran Sol nos había robado las flores y, con ellas, las hadas.

## Delfín

Un día estaba paseando por el puerto, en el extremo donde no atracan los barcos. De pronto observé un delfín que me llamaba emitiendo agudos silbidos. Se acercó al malecón y con un salto me invitó a montar sobre su lomo. Así lo hice y pronto me encontré en mar abierto navegando a gran velocidad. No sentía frío; parecía que el delfín me transmitía calor.

—¿Por qué me invitaste a ir contigo? ¿A dónde me llevas?

—Aunque vivo en el mar, me he propuesto una misión en la vida: encontrar a los seres de buen corazón

—Pero, serán muchos, ¿verdad? —pregunté.

—Más de las que te puedas imaginar. En realidad, los humanos, como los delfines, tenéis la capacidad de poseer un corazón amable y generoso. Aunque a veces os olvidéis de distinguir entre el bien y el mal y perdáis el rumbo. Por eso, cuando no sepas qué hacer, debes siempre preguntar a tu corazón y él te guiará. Y si no encuentras a tu corazón, porque estás triste u ofuscada, pregúntale a las flores y a las estrellas. Ellas te enseñarán el camino correcto.

—Ahora debes contestar a una pregunta muy sencilla —prosiguió el delfín—. Dime, niña, ¿qué es lo que más deseas?

—Deseo muchas cosas que no tengo y no puedo alcanzar.

El delfín emitió un leve silbido que parecía una sonrisa.

—¿Y no sería mejor que desearas lo que puedes alcanzar? Cuántas cosas podrías hacer si tus deseos se vieran cumplidos. Pero si solo piensas en aquello que no está a tu alcance, nunca nada conseguirás.

—Creo que ya lo pillé. Pues mira, me gustaría que me llevaras hasta el Gran Sol, para ver a mi padre, que está allí, en el centro de un mar lleno de flores. Seguro que está contento y por eso pasa grandes temporadas lejos de nuestro hogar, sin dedicar sus pensamientos ni a mamá ni a mí. Durante las largas noches de ausencia, pienso que nunca nos ha querido.

—No sabes cuánto te equivocas, niña. Cuando llegemos a nuestro destino y veas a tu padre lo comprenderás.

—Pero yo quiero que siempre esté en casa con nosotras, al calor del hogar.

—Pero ¡qué pronto has olvidado lo que te acabo de decir! Tu padre busca el sustento para su familia y es algo que debe hacer y que asume por el cariño que os profesa. Y si tú solo piensas en cómo ver la cara oculta de la luna, nunca podrás contemplar la hermosura de las estrellas.

## Sirena

Una noche de tormenta no conseguía dormir. Los relámpagos, los rayos y los atronadores truenos me sobresaltaban y hacían que no pudiera conciliar el sueño. Papá, ¿por qué te has ido?, ¿por qué no estás conmigo para protegerme, para que pueda acogerme en tus fuertes brazos y me hagas saber que estaré bien defendida y que nada podrá sucederme a tu lado. Me acurruqué escondida bajo las sábanas e intenté taparme los oídos con las palmas de las manos. De pronto, entre trueno y trueno, creí escuchar unos sonidos que me eran familiares. Unos silbidos entrecortados. Agucé los oídos hasta que conseguí interpretarlos. No podía creerlo. ¡El delfín me llamaba por mi nombre! Así que me olvidé del temporal, de los rayos y los truenos, me vestí y envuelta en mi *cachafeira* me acerqué al puerto.

El delfín me había enseñado su lenguaje y yo sabía interpretar sus sonidos y transformarlos en palabras. Así nos entendíamos y yo le hablaba utilizando los silbidos que me había enseñado. También me reveló que cada delfín tenía su propio nombre y se llamaban entre ellos combinando silbidos largos y cortos que representaban el nombre de cada uno. Me dijo silbando que a él podía llamarle simplemente Griittzzz, que era una abreviatura de su nombre. Parece difícil, pero cuando lo silbé vi que era muy sencillo. Me preguntó cómo me llamaba y yo le deletreé mi nombre con los silbidos que representaban las letras. Algo así como Hjjjiillldeee.

Tan pronto como me subí al lomo del delfín, comenzó a navegar a una velocidad insólita. Me dijo que pasaríamos por el Canal de la Mancha antes de entrar en el Gran Sol por el mar del Norte.

En una zona de bajíos y arrecifes, en la que jugueteaban un montón de focas, encontramos una sirena de gran belleza, con cabello dorado y cola de pez, que nos saludó sonriente.

—¿Quiénes sois? —nos preguntó.

—Vengo con esta niña tan hermosa, para que la conozcas —respondió el delfín—.

Yo estaba impresionada por la belleza de la sirena.

—Dime, sirenita, ¿qué haces aquí tan sola, en medio del mar?

La sirenita sonrió.

—No creas que estoy tan sola. Por aquí pasan muchos barcos y yo me entretengo hablando con los marineros y pescadores.

—Y ¿qué es lo que hablas con ellos?

—Pues les cuento muchas cosas. Les marco un rumbo y les hago todo tipo de promesas, como que, a pocas millas, podrán encontrar bancos de peces o tesoros escondidos. Se comportan de forma muy crédula y siguen mis consejos. Me dan las gracias e incluso me adoran. Pero lo que encuentran son unas rocas no señaladas en las cartas con las que colisionan y les causan un terrible naufragio. Y así van a parar a engrosar el cementerio de buques que hay en esa zona... Y lo más sorprendente es que muchos pasan de nuevo

por aquí y, los muy cándidos, escuchan mis consejos una vez más, como si hubiesen olvidado las calamidades sufridas tras haber escuchado mis cantos. La verdad es que me es muy difícil comprender el comportamiento de los humanos. Creen más en unas bellas palabras, por muy falsas que puedan ser, que la realidad de los hechos, a pesar de su propia experiencia. Nunca aprenden de sus errores.

La sirena señaló entonces una pequeña gruta en la que se podían apreciar diversos objetos, algunos muy valiosos: perlas, joyas de oro, coronas, relojes, cubertería de plata y oro...

—Veis, todo esto se lo he robado al mar. Son cosas que se han perdido en los naufragios. Y hay muchas más en el cementerio de buques.

El delfín comenzó a enfadarse y mover sus aletas al tiempo que resoplaba.

—En resumen, tú les entregas tus palabras, que no son más que cantos de sirena, y los hombres te entregan su vida y sus bienes. Eres muy cruel.

—¡No, no! Yo no soy cruel. No les obligo a hacer nada. Ellos son libres de elegir su destino. Además, a los humanos les gusta oír mis palabras, que les suenan como música acariciadora y armoniosa. De esta forma creen que mis cantos son sinceros y contienen una verdad que les procurará grandes dones. Y, a pesar de que una y otra vez la realidad demuestra cuán equivocados estaban al dejarse llevar por mis cánticos, cuando de nuevo los escuchan confían en ellos como la primera vez y los siguen incautos hasta perder su rumbo en la vida. Y si alguna vez expresan alguna duda, mi voz se torna aún más acariciadora y armoniosa, de forma que todas las dudas desaparecen y mis canciones les inducen a seguir mis deseos.

—Siempre hay alguien dispuesto a ser engañado, si confía en obtener bienes y mercedes —dijo Griittzzz, dirigiéndose a mí.

—Yo no los engaño —prosiguió la sirena—. A los marinos le gusta sentir mi voz dulce y armoniosa. Yo misma estoy convencida de que mi música es tan agradable que les causa un gran sosiego. En el fondo, les ofrezco un regalo que compensa sus desventuras. Y, con ello, me siento reconfortada y satisfecha.

Entonces, la sirena nos miró con gesto de desaprobación.

—Realmente no sé porque os tengo que dar explicaciones. Cuando os vi me caísteis simpáticos, pero ahora resulta que solo os dedicáis a criticar lo que hago y a decirme cómo debo organizar mi vida. Estoy muy desilusionada y ya no me apetece vuestra compañía. De ninguna forma... Me cansáis y, además, no tengo más que deciros.

Con estas palabras, la sirena zanjó la conversación y se sumergió en el fondo del mar.

—¡Vámonos! —exclamé—. No quiero seguir más tiempo aquí.

—Sí, nos vamos inmediatamente. Te dejaré en el puerto para que regreses a tu casa.

—Pero me habías prometido que iríamos al Gran Sol. Deseo ver las flores y los verdes prados iluminados por el sol, en las tierras bañadas por sus aguas.

—Me temo que vas a quedar muy desengañada cuando estés allí, pero te llevaré, tal como te prometí.

## Gran Sol

Costeamos Irlanda desde extremo norte, hasta llegar a la altura de Glasgow. Nos enfrentamos a un terrible temporal, que se recrudecía conforme navegábamos hacia el sur.

Griiittzzz comenzó a navegar como si tuviera un motor de propulsión y el sueño me alcanzó. Creo que debió despertarme el movimiento que el delfín realizó para detenerse. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, ni siquiera si era día o noche. El huracán era mucho más fuerte y el cielo estaba cubierto por nubarrones tan oscuros como el propio mar.

—¡No veo el sol! —exclamé con voz temblorosa, sintiendo que me invadía una enorme desilusión.

—En estos mares rara vez alumbra el sol —replicó el delfín—. Lo habitual es que las terribles tempestades se apoderen del cielo, desencadenando vientos huracanados y violentas olas gigantescas que ponen en peligro a los marinos que se atreven a navegar por estas latitudes.

De mis ojos brotaron unas lágrimas dolorosas.

—Tal vez tenía que habértelo explicado antes. Los pescadores llaman a estos mares Gran Sol, pero, en realidad, el nombre es *Grande Sole*, o sea, Gran Lenguado, en francés.

—Entonces se podrán pescar muchos lenguados en estas aguas, seguro.

—Pues no creas, no —sonrió Griiittzzz—. Hay muy pocos lenguados por aquí. Lo que pasa es que el enorme banco de peces que hay en esta parte del Atlántico tiene la apariencia de un lenguado gigantesco.

Mientras hablaba, el delfín emitía en todas direcciones unos sonidos, que semejaban clics. Un relámpago terrible iluminó el mar y pude ver cómo mi padre gobernaba el arrastrero desde el puente y cómo los tripulantes trataban de que las olas no golpearan la embarcación por el través. Alcé los brazos, al tiempo que gritaba con todas mis fuerzas: «¡papá, papá, estoy aquí!».

Creo que mi padre hizo ademán de saludarme, pero rápidamente en barco se desvaneció en la bruma.

—No te preocupes —me tranquilizó el delfín—. La nave es segura y pronto se encontrará al abrigo del puerto, fuera de las embestidas del temporal. Además, yo les mostraré el rumbo para esquivar la tormenta.

Entonces Griiittzzz se movió con extraordinaria velocidad, más rápido de lo que nunca lo había visto. En pocos segundos alcanzó el arrastrero e hizo señales con sus saltos y silbidos para que lo siguieran. De esta forma, pronto nos alejamos de la tormenta. Yo seguí intentando que papá me viera, pero no lo conseguí y tan solo acerté a lanzarle un beso, sin esperanza de que llegase a su destino.



Por mi mente asomaron las historias que mi madre me contaba sobre la bondad y solidaridad de los delfines. Me decía que se sentían hermanados con los hombres y que cuando veían un buque en peligro en medio de la tempestad lo rodeaban y señalaban el rumbo para que alcanzara un lugar seguro en la costa.

Griiittzzz interrumpió mis pensamientos.

—No hay indicios de que la tormenta vaya a amainar y pronto volverá a alcanzarnos. Debemos regresar a puerto cuánto antes.

—Pero... ¿es que no vamos a ver el sol y las flores?

—Lo siento Hjjjiilldeee, creo que ya te lo dije. No hay flores en el Gran Sol

—Y hadas, ¿tampoco las hay?

—Lo lamento, querida, si no hay flores, tampoco hay hadas.

Me puse a llorar con un gran desconsuelo.

Griiittzzz trató de confortarme y me apretó entre sus aletas pectorales. Como he dicho, no sé por qué, pero en su compañía no sentía ni el frío ni la humedad. Y en este momento notaba, además, un gran sosiego.

—Debes saber, querida niña, que el mundo en que habitamos es un lugar muy complejo. Para disfrutarlo hay que luchar con tesón contra las adversidades. Como tu padre y tantos marineros que con su esfuerzo proporcionan el sustento a sus familias.

—Desconozco el significado de la vida, a pesar de que se dice que los delfines tenemos un cerebro muy desarrollado. Pero lo que sí sé es que la vida es una lucha por vivir. Y en la adversidad surge lo más oscuro, pero también lo más noble de nosotros mismos. Y conseguimos extraer energía para vencer al infortunio a partir de nuestra determinación, tenacidad y entereza.

—Creo que comprendo lo que me quieres decir —intervine—. Hay días en los que, desde que me despierto, cuanto me rodea parece que se ha puesto contra mí y que todo lo que hago es una calamidad: me encuentro muy débil, mi padre no está en casa, mi madre está extenuada por las labores de la casa y otros trabajos que hace, como reparar redes o ayudar a cuidar niños en la guardería. Parece que una *meiga* mala me ha echado un *meigallo*. Solo me quedan fuerzas para cuidar de mi madre y si no fuera por ello me postergaría y no sería capaz de reaccionar. Pero logro reponerme y consigo enfrentarme a la adversidad, como tú dices.

—Veo que lo has cogido —aprobó Griiittzzz—. Lo extraordinario es que, cuando se logra derrotar al infortunio, ha llegado el momento en que podremos disfrutar del cuidado de las flores y del amor de las hadas, de todo lo bello que la vida nos brinda. Y esta esperanza nos acompañará y dará fuerzas en las horas amargas de desventura y soledad.

Las palabras de Griiittzzz han quedado grabadas para siempre en mi corazón.

Tras secar mis lágrimas, me subió a su lomo para que me sujetara a su aleta dorsal y partió hacia el puerto de mi villa a la velocidad que acostumbrada.

De manera que, antes del amanecer, me encontraba durmiendo en mi cama, así que mi madre no supo nada de lo que había sucedido aquella noche.

Creo que ya he dicho que Griittzzz nadaba a una velocidad extraordinaria, impulsado por las aletas caudales, que lo propulsaban con una fuerza portentosa, mágica, y que lo capacitaba para recorrer cientos, miles de kilómetros, en tiempos increíbles, de forma que mis travesías eran desconocidas por mis padres.

## Delfines

Cierto día, escuché la llamada del delfín, que silbaba mi nombre. Rápidamente me vestí con ropa de abrigo y me acerqué al malecón del puerto, en donde solía reunirme con él. Como nadie lo veía, Griiittzzz reía y daba saltos de alegría, haciendo tirabuzones en el aire. Me pegué a su lomo, agarrada a la aleta dorsal. Como os he dicho, al contactar con su piel suave y satinada ya no sentía frío ni humedad y mi respiración se acompañaba con la del delfín, de manera que podía estar sumergida tanto tiempo como él. Igual es verdad que soy hija del mar y por eso me gusta tanto vivir en las aguas del océano. Además, no sé por qué, su compañía me proporcionaba una sensación de paz y seguridad. En trayectos muy largos, me llevaba a alguna isla, en donde podía saciar mi sed y alimentarme con frutos del lugar.

—Hoy te voy a llevar a un rincón del mar en donde podrás ver cómo es la vida de los delfines.

—Ya estoy deseando estar allí —respondí, agitando los brazos emocionada.

No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando divisamos una costa de blancas arenas y verdes palmeras. El tiempo era cálido y el sol cobrizo de poniente dibujaba ondulados senderos de plata sobre el lienzo verde esmeralda del océano.

—Estamos en el Caribe —dijo el delfín, al tiempo que comenzaba a dar saltos de alegría, tan potentes que todo su cuerpo emergía del agua.

Luego comenzó a emitir unos sonidos peculiares.

Entonces surgió un numeroso grupo de delfines que nos rodeó. Comenzaron a reír y dar saltos al tiempo que movían sus aletas pectorales en señal de saludo.

Tras las presentaciones de rigor, me explicó que el grupo estaba formado por varias hembras que cuidaban de sus hijos.

—Hasta los seis años más o menos, los delfines viven con sus madres, que les enseñan todo lo que necesitan en la vida: nadar, respirar, comer, jugar y defenderse de los depredadores. También a utilizar los sonidos para distinguir los objetos y seres vivientes dentro del mar. Y, claro, a manejar las herramientas que necesitamos en la vida.

—¿Qué me dices? —exclamé—. ¿Quieres hacerme creer que los delfines utilizáis herramientas?

—¡Faltaría más! Mira estas caracolas: nos sirven para pescar. Y estas esponjas: las ponemos en el hocico para protegerlo cuando husmeamos entre las rocas. Y así muchas otras. Y no utilizamos más, porque no las necesitamos.

—¡Estoy asombrada! Nunca pude imaginar que los delfines fueran tan habilidosos. Me gustaría vivir con vosotros y conocer cómo es vuestra vida.

—Nuestra vida es la mar de sencilla. Nuestras madres nos enseñan a amar, a querernos y respetarnos unos a otros y a disfrutar de todo lo que la vida nos da. Ese amor se transmite de una generación a otra y por eso hemos formado unas sociedades muy pacíficas y generosas.

—Ojalá que todos fueran como vosotros. Creo que las personas tenemos un montón de cosas que aprender.

—Quiero que sepas que los delfines tenemos un gran respeto por los humanos y nos gusta relacionarnos con vosotros... Aunque, a veces, hay humanos que se desorientan, pierden el rumbo en la vida y hacen daño conscientemente a sus semejantes.

Quedé pensativa, reflexionando sobre las palabras de Griittzzz.

—Hay una cosa que quisiera saber. Siendo tan pacíficos y nobles, ¿cómo podéis defenderos de los depredadores, de los seres crueles, cuando os amenazan y agreden?

—Pues naturalmente, también estamos entrenados para defendernos... Mira aquel grupo de allí —prosiguió señalando con el hocico.

Observé a un grupo de delfines jóvenes que combatían entre ellos en una pelea simulada. Los rodeaban algunos adultos, que intervenían cuando veían que las cosas se salían de madre y podrían complicarse. Estuvieron largo tiempo forcejeando hasta que se agotaron. Entonces, los jóvenes comenzaron a dar saltos de alegría, a reír abriendo plenamente sus bocas y a abrazarse con sus aletas pectorales, en expresión de amistad.

—Como puedes apreciar —concluyó el delfín—, este grupo de madres y jóvenes es muy parecido a las guarderías de los humanos. Las madres se ponen de acuerdo y organizan en grupo la cría y cuidado de sus hijos, hasta que pueden independizarse cuando han aprendido todo lo que necesitan en la vida.

—¡Todo aquí es muy hermoso!— exclamé emocionada.

El delfín me sonrió.

—¡No te entusiasmes tanto! Te vas a agotar y todavía te queda mucho por ver.

Entonces comenzó a llamar con silbidos a sus compañeros, que nadaron hacia la orilla. El espectáculo me pareció maravilloso: allí jugueteaban y reían personas y delfines, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Así debería ser siempre —pensé en voz alta.

—Los humanos afirmáis que los delfines os transmiten sosiego y paz y encontráis lo mejor de vosotros mismos en nuestra compañía. Ojalá que pudiéramos ayudaros siempre que nos necesitéis

—Muchas gracias, Griittzzz, eres muy generoso.

—Solo intento escuchar a mi corazón. Así lo deberíais hacer siempre los humanos. Si escuchas a tu corazón, siempre harás lo correcto.

—Lo siento, Griittzzz, pero no tengo muy claro qué significa hacer lo correcto.

—No te preocupes por ello. Escucha a tu corazón y en poco tiempo lo sabrás. Es necesario que lo aprendas por ti misma.

Siempre me hacían pensar las palabras de Griittttzzz... «Está bien, algún día, cuando lo haya aprendido, te recordaré lo que acabas de decirme»

—¡Qué vida más hermosa tenéis los delfines —dije finalmente!—. Me gustaría vivir siempre con vosotros. Al fin y al cabo, yo soy hija del mar.

—Gracias, niña, por pensar así. Pero fuera del mar también se pueden alcanzar momentos de felicidad, si se sabe seguir el rumbo correcto. A este fin te guiarán tus padres, que tanto amor te profesan, tus buenos amigos y muchos libros maravillosos que te acompañarán en el sendero de la vida.

—Además, los delfines tampoco somos perfectos, ¿verdad Breezzzkkkttt?

—¡A ver! Comemos peces, pero solo cuando tenemos hambre. Si nos atacan, nos defendemos sin piedad con dientes, aletas y cola. Y si nos hacen daño, nunca lo olvidamos y somos vengativos. Los humanos que nos capturan en una red y tratan de privarnos de nuestra libertad quedan grabados para siempre en nuestro cerebro. Si alguna vez tropezamos de nuevo con ellos, los seguimos y atacamos en cuanto se presenta una oportunidad, como cuando practican *surf* o *windsurf*. Y, si vemos el buque de esos humanos luchar para no ser engullido por las aguas en medio de un temporal, los abandonamos a su suerte y no los ayudamos a sortear los bajíos y alcanzar puerto seguro. ¡Faltaría más!

—¡Estás exagerando! —le interrumpí—. Bien sé cuánto protegéis a los pesqueros... Me lo ha contado mi padre —replicó la niña—.

—Tu padre tiene razón, normalmente es así como nos comportamos. Y, porque te quiere tanto, te cuenta esas cosas tan bonitas.

Griittttzzz recapacitó unos instantes y finalmente dijo con un tierno silbido:

—Ahora recuerdo que debo llevarte a tu puerto para que vuelvas con tus padres.

Y con un ademán cariñoso, me invitó a seguirlo.

## Perlas

Cuando salimos del Caribe, con el ánimo pleno de sensaciones positivas tras la convivencia con los delfines, atravesamos en la oscuridad, para no ser avistados, el Canal de Panamá, saltando de esclusa en esclusa. Desembocamos en un golfo en el que se encontraba un hermoso archipiélago con decenas de islas e islotes.

—Se llaman las Islas de Las Perlas.

El agua transparente nos permitía contemplar bandadas de peces, con colores de todas las tonalidades que reverberaban temblorosos al recibir la luz solar. A poniente divisábamos poderosos chorros de agua producidos por un grupo de cetáceos. Y hacia la orilla avistamos sorprendidos un ejército de tortugas que se acercaban a la playa para anidar.

Luego vimos unos buceadores, equipados con sus equipos y bombonas de oxígeno, que se zambullían en el agua y extraían ostras del fondo.

—Son pescadores de perlas —me dijo Griiittzzz.

Estaban cubiertos por sus trajes de neopreno y máscaras de buceo. Con las bombas de oxígeno se sumergían en las aguas para emerger tras varios minutos con sus cestas llenas de ostras.

Como yo necesitaba reponer fuerzas y tomar algún alimento, nos acercamos a una pequeña isla situada en los confines del archipiélago. Era frondosa y se podían ver cocoteros en abundancia.

Nos llamó la atención una barca en la que había varias indígenas que, sin ningún tipo de equipo, también se dedicaban a la pesca de ostras, si bien de forma bien distinta a como lo hacían los buceadores que habíamos visto en las otras islas. Se lanzaban al agua y permanecían buceando hasta casi perder el resuello. Sin subir a la barca, entregaban su cargamento de ostras a dos hombres que, armados con sendos rifles, controlaban a las nativas.

Sin apenas tiempo para que pudieran reponerse y recuperar la respiración, los hombres obligaban a las nativas a sumergirse de nuevo y así una y otra vez hasta que les era imposible seguir con su trabajo y desfallecidas gritaban que preferían la muerte a sumergirse de nuevo. Los hombres entonces, entre carcajadas e improperios por su debilidad, arrojaban un cabo para que subiesen a la embarcación. Y allí las arrojaban hasta que consideraban que las desdichadas debían reanudar su trabajo en tan ínfimas condiciones.

Griiittzzz y yo presenciábamos el triste espectáculo profundamente consternados. Éramos incapaces de asimilar tanta crueldad en unos seres humanos.

No me pude contener y me acerqué a la embarcación, en tanto que Griiittzzz permanecía observando.

—¿Qué haces por aquí, niña? —exclamó el más corpulento y que parecía ser el jefe—. ¡Estas aguas son de pesca y estás entorpeciendo nuestra labor!

—Solo me acercaba a la isla para descansar y tomar algún plátano y leche de coco.

—Está bien. Hazlo, pero vete inmediatamente.

Entonces, no pude contenerme y les dije:

—¿Cómo no os dais cuenta del sacrificio que le estáis exigiendo a esas pobres mujeres? Las vais a matar de cansancio.

La respuesta me aterrorizó. No porque fuese inhumana, sino precisamente porque era una carcajada terriblemente humana.

—Nosotros las mantenemos y les damos comida y bebida. ¿Qué más pueden pedir? Además, son muy pocas las que mueren ahogadas.

—Pero, ¿por qué lo hacéis?

—Pues para pescar perlas y atesorar una gran riqueza. ¿Conoces un oficio más digno que éste?

—Pero no es necesario que les exijáis tanto. Podrías recoger perlas igualmente, claro está que en menor cantidad.

—No lo entiendes, niña. En este oficio es preciso acumular todas las perlas posibles, nunca es bastante con las que se poseen. Es posible que tú no lo entiendas porque eres muy joven. Cuando yo era joven, también pensaba que era suficiente pescar las perlas que me permitieran la subsistencia y vivir holgadamente, pero ahora veo que no es así. Cada vez necesitaba poseer más perlas y, con ellas, tener más poder. Y a medida que pasaban las estaciones, una tras otra, año tras año, siempre necesitaba más y más. Y mi mayor deseo seguirá siendo tener las perlas más hermosas y poseer todas las perlas negras que sea posible. Esto da sentido a mi vida.

—¿Sentido a la vida? —repliqué indignada—. ¿Y así seguirás todos los días de tu vida, con la misma crueldad hacia tus semejantes, sin amar ni ser amado, sin disfrutar de tantas cosas hermosas que hay en la vida?

—Ya veo que sigues sin entenderlo. Yo disfruto por el mero hecho de poseer riquezas. Y no creas que soy cruel. Solo acepto mi papel en la vida, en la que domino a los más débiles.

—¿Y qué sentirás en los últimos momentos de tu vida?

—¿Cuáles son los últimos momentos de la vida? A veces yo también me lo pregunto. Entonces me digo: «todavía tengo tiempo para coger las perlas negras que hay en este caladero nunca descubierto». Y cuando lo hago, me repito la misma pregunta y me digo que tengo todavía tiempo para recoger más perlas. Y sigo mi camino, en busca de nuevos caladeros y más perlas negras. Y cuando se agota el caladero, me repito: «hay mucho tiempo todavía». Y me lanzo en busca de nuevos caladeros y nuevas perlas. El tiempo no tiene fin y siempre hay que buscar nuevas oportunidades para aumentar mi riqueza.

—Pero no es así. Algún día te darás cuenta, cuando tengas que enfrentarte a tu final —intervino Griiittzzz—. Y entonces comprenderás que tu vida está vacía, que ha sido estéril y que nada de lo que posees tiene valor alguno. Ese es realmente tu destino.

Cuando, enojada, iba a comenzar a increpar al corpulento personaje, Griiittzzz se acercó y me dijo:

—Vámonos de aquí. Nunca aceptará tus reproches, hazme caso.

Lanzamos una mirada compasiva a las muchachas que, extenuadas, se sumergían en las aguas, o deshechas se hacinaban en la barca.

—No te preocupes ahora. Vete a descansar a la isla y esta noche veremos lo que se puede hacer.

Al anochecer vimos cómo los hombres desembarcaban en la playa arrastrando a las nativas y empujándolas con sus rifles. Las llevaron a un barracón destartado, atándolas con cadenas, y ellos se fueron a dormir a un lujoso bungalow.

El sol asomó por detrás de las palmeras e iluminó las aguas con tonos cobrizos y anaranjados. Cuando los siniestros personajes embarcaron de nuevo a las nativas, estábamos sumergidos tras unas rocas.

Griiittzzz me dijo: «Tú quédate aquí».

Seguidamente se lanzó tras la embarcación sin que lo pudieran avistar y cuando la tuvo a punto lanzó un coletazo que desequilibró a los hombres y a las muchachas, pero no consiguió hacerla zozobrar. Entonces comenzaron a disparar sus rifles, pero Griiittzzz se había sumergido rápidamente, evitando que las balas lo alcanzasen. Acto seguido, emergió por la amura de babor, cuando los hombres intentaban localizarlo por el otro costado, y con un tremendo golpe con su potente dorso consiguió lanzarlos al agua. Logró que los rifles no se hundieran y con los dientes, de un salto, se los dio a las muchachas que estaban en la embarcación. Luego acorraló amenazante a los hombres hasta la orilla, al tiempo que pidió a las nativas que lo siguiesen, remando.

En tierra, dos nativas mantuvieron inmovilizados a los hombres con la amenaza de los rifles, mientras que otras procedían a maniatarlos con las propias cadenas que habían sido utilizadas contra ellas.

Griiittzzz parecía saltar de alegría en el mar apacible.

El resto de la historia es fácil de intuir. Los hombres fueron entregados a la autoridad para que fueran juzgados y se les aplicasen las penas que merecían por su iniquidad. Y las muchachas pudieron regresar con sus familias, que no pensaban que jamás volverían a verlas, tras muchos años de estar desaparecidas.



# Pulpo

Alcanzamos el centro del Océano Pacífico y Griiittzz me dijo que, en las profundidades, próximas a un pequeño islote no señalado en las cartas, habitaba un enorme pulpo. Bueno, en realidad un gigantesco pulpo, el más grande que existía en el océano.

Cuando nos acercábamos a la costa, el pulpo emergió de las profundidades provocando un terrible tsunami que por poco nos lleva por delante. Menos mal que el delfín hábilmente logró sortear las enormes olas, con lo que los dos nos pusimos a salvo. El islote había quedado cubierto y ahora se estaba sacudiendo las aguas que le habían caído encima, mientras que el pulpo podría confundirse con una isla flotante, tal era su tamaño.

—¿Qué es lo que hacéis en mis dominios? —preguntó con pastosa voz de bajo—. Espero, Griiittzz, que tengas una buena excusa, y si no es así lanzaré sobre vosotros toda mi guardia pretoriana, que dará cuenta de vuestros insignificantes cuerpecillos.

A su alrededor se agrupaba un sinfín de criaturas amenazantes, de presencia aterradora, que semejaban la encarnación del mal. Allí se movían de forma inquietante tiburones blancos, ondulantes serpientes de mar y gigantescas morenas, los terribles peces león, los *kraken*, esos colosales calamares que habitan en el fondo de los mares, e incluso los enormes cocodrilos de mar, con sus terribles fauces. Criaturas feroces, depredadores despiadados que competían en crueldad.

—Me acompaña esta niña, a quién gusta tanto el mar que la llaman la Hija del Mar. Y yo venía a mostrarle cómo es la vida de los pulpos gigantes —respondió Griiittzz, tratando de conservar la serenidad.

—Bueno, pues aquí me tenéis. Mi vida es muy sencilla. Yo soy el rey del océano y puedo hacer lo que se me antoje. Todos los habitantes del mar me pertenecen porque son mis súbditos.

Había algo perverso en los dominios del gigantesco pulpo. Una sensación extraña, nada concreto pero intenso en el ambiente, me decía que me encontraba en los confines de todo mal. No sé si era el serpentear de las enormes morenas con sus afilados dientes curvilíneos, los tiburones que abrían sus formidables fauces que amenazaban devorarme, las carnívoras plantas acuáticas que sobre mí se abalanzaban con intenciones siniestras, la tonalidad del agua, de un mortecino gris pálido que evocaba a la muerte.

Y el pulpo dominaba todo aquel horror agitando sus tentáculos, emitiendo desgarradores sonidos y lanzando su negra tinta que cubría de espanto todo cuanto estaba a su alrededor.

El delfín y yo permanecíamos paralizados y mudos como esfinges, atenazados por el miedo. El pulpo parecía ignorarnos.

—Como habéis podido observar, con mi tinta puedo aparecer y desaparecer a mi voluntad, de forma que mis súbditos no saben dónde estoy o, ni siquiera, si estoy o no estoy. Puedo, además, aparentar ser una cosa y al momento siguiente ser la contraria, con la forma y

colores que me apetezcan. Al mismo tiempo puedo ser bueno y a la vez cruel, despiadado y simultáneamente generoso... ¡Mmm! Creo que los humanos llaman estado cuántico a esta poderosa cualidad que poseo: poder aparecer en varios estados a la vez.

—Bueno, no voy a contaros todos los poderes con que domino a mis súbditos, porque esto sería interminable —concluyó.

Estaba aterrada, aunque conseguí esbozar unas palabras.

—No entiendo bien lo que dices, pulpo. A mí me causas mucho miedo y siento dentro de mí que eres cruel y despiadado.

El pulpo soltó una sonora y siniestra carcajada.

—Eso es lo que algunos dicen. Pero otros de mis súbditos creen a pies juntillas que soy su gran benefactor, con una generosidad sin límites, y que aplico la justicia por el bien de todos. Para eso encargo a mis colaboradores que vayan predicando estas cualidades por los siete mares. Y de esta forma se convierten en una verdad incuestionable, de manera que yo puedo dedicarme a controlar a mis súbditos, ejecutar a los que no se someten a mi voluntad y a dominar los mares con el poder que me otorga mi fuerza y voluntad, secundadas por mi cohorte de fieles servidores, que aquí podéis ver.

—La cuestión está en predicar siempre el bien y la generosidad para que la realidad de los hechos se transforme en otra realidad opuesta, que es la que cumplimenta mis deseos de poder —zanjó.

Las palabras del pulpo eran cada vez más duras y agresivas. Los tiburones, morenas, cocodrilos, *kraken*, plantas carnívoras y demás secuaces se acercaban de forma amenazante.

Griiittzzz, que hasta entonces había permanecido inmóvil, con un rápido movimiento, me cogió con sus aletas, me asentó en su lomo y rápidamente nos alejamos de los malignos dominios del cruel cefalópodo.

## Kraken

Un ojo inmóvil y sin párpados, que me pareció que, al menos, tenía medio metro de diámetro, estuvo observándonos durante nuestra conversación con el pulpo gigante. Entre todos los horrores que lo rodeaban, su mirada fue lo más estremecedor y lo que más profundamente me aterrorizó. Pertenecía a un colosal calamar con ocho brazos y dos terribles tentáculos cubiertos con ventosas terminadas en unas púas en forma de garfios. No pude verle el otro ojo hasta que hizo amago de abalanzarse sobre mí. Me escondí detrás de Griittzzz y afortunadamente la situación se resolvió con una advertencia del pulpo. «Déjalos en paz, por el momento. No olvides que son nuestros invitados».

Aferrada al delfín, temblando de miedo, vi como el colosal calamar desaparecía rápidamente en las profundidades.

—Es un solitario egoísta —dijo el pulpo, esbozando una sonrisa sardónica—. Siempre le gusta hacer lo que más le conviene, sin tener en cuenta el bien común. Debería aprender de los delfines, de Griittzzz, por ejemplo.

Nueva risa espeluznante.

—Algún día le diré al cachalote que acabe con él.

—Es un *kraken* —me dijo el delfín, cuando ya estábamos alejados del pulpo—. Siempre anda por las profundidades, preocupándose exclusivamente de sí mismo. No tiene empatía por los demás seres. Yo he visto con mis propios ojos como uno de ellos destrozaba una embarcación. Sus tentáculos abarcaban toda la eslora, sujetándola de proa a popa, al tiempo que sus brazos se enroscaban a lo largo de los mástiles para desmantelarlos y arrastrar la nave a las profundidades.

—Afortunadamente ya estamos lejos de todos estos horrores. Aunque no debes olvidar que también son parte de la vida. El mal, la violencia, el engaño y la ausencia de empatía existen y debes estar preparada para afrontarlos.

Tal como siempre, nunca olvidaría las palabras de Griittzzz.

## Cachalote

El cachalote pareció no sorprenderse cuando contempló con su enorme ojo al delfín, sobre cuya grupa cabalgaba una niña rubia, que era yo misma.

La calma plena del océano era amenazante. El silencio se prolongó durante varios minutos en los que ninguno se movió ni aparentó tener la menor intención de hacerlo.

Finalmente habló el delfín, con su lenguaje de silbidos.

—Nos dirigíamos hacia África y nos hemos perdido en el medio de este océano.

—Y esta criatura humana, ¿qué es lo que hace en estos mares? —preguntó el cachalote, mediante unos intensos chasquidos que provenían de sus labios.

—Viene conmigo y atravesamos los mares para que conozca sus habitantes.

—Pues te diré algo que tal vez os pueda interesar: ya soy muy mayor y siempre he tenido un temperamento amable y pacífico, pero he tenido experiencias muy duras con los humanos. Si me atacan, sé defenderme, me enfurezco y podría causar enormes daños.

Y, dicho esto, se giró y nos mostró su gigantesco cuerpo cubierto por arpones clavados en su piel. Esta imagen me causó una fuerte impresión y sentí una profunda compasión por aquella enorme criatura blanquecina.

—No venimos a hacerte ningún daño... Claro que, por otra parte, nos sería imposible. Queremos ser tus amigos, si tú lo deseas —logré decir.

El cachalote emitió unos violentos chasquidos, cuyo significado no logramos captar. Luego se sumergió en las aguas hasta desaparecer. Tras un tiempo tan largo que nos dio la sensación de que ya no volvería junto a nosotros, emergió con tal fuerza que todo el océano se agitó. El delfín se alejó corriendo para evitar el impacto de las olas. Yo me aferraba a su aleta para no perder el equilibrio.

Escuchamos los brutales chasquidos del cachalote, que semejaban carcajadas siniestras. Se acercó a nosotros, que comenzábamos a reponernos del sobresalto que habíamos tenido. Sin embargo, se aproximó con un talante que parecía compungido.

—Lo siento —exclamó—. Es que hace muchos años que vivo en soledad y por eso no soy muy consciente de mis actos.

—¿Quieres decir que vives completamente solo en medio de este mar tan inmenso? —le pregunté.

—Sí, así es.

—¿Por qué lo haces? ¿Es que no te gusta la compañía de otros animales?

—Es difícil de contar y muy largo de explicar.

—El tiempo no es un problema —apuntó el delfín.

—Está bien—. Respondió el cachalote y comenzó a relatar su historia.

»Hace años, tal vez una eternidad, cuando vivía con otros cachalotes, en ocasiones me alejaba para buscar la soledad, con la única compañía de mis pensamientos y reflexiones. Lo necesitaba y me complacía. Mi imaginación construía mundos y universos, espacios y ámbitos, y sentía que mis sueños se convertían en realidad. Sin embargo, al cabo del tiempo, mi razón se desequilibraba y comenzaba a soñar, y todo mi ser se rodeaba de seres deformes, violentos y amenazantes, mis ilusiones se convertían en tiempos confusos sin esperanza, en una vida sin afanes que me empujaba a una profunda melancolía, en la que no encontraba sentido a la existencia, que me empujaba al abismo de unas profundidades en el que permanecería toda la eternidad.

»Lograba, al fin, escapar de las cadenas de la inacción y volvía junto a mis compañeros, cargado de ilusiones nuevas que intentaba que fueran compartidas por aquellos seres tan queridos y cuya presencia anhelaba con intensidad.

»Y así transcurría la vida.

»Mis primeros años, viviendo en grupo con las hembras, mientras que los machos más maduros nos protegían. A pesar de nuestra envergadura, sea por la edad, enfermedad o heridas recibidas, en ocasiones hay cachalotes vulnerables que necesitan protección contra los depredadores, como los calamares gigantes o las orcas... Recuerdo con nostalgia cómo ha pasado la infancia y la juventud, que se han perdido en el tiempo y nunca más volveré a encontrarme con ellas.

»Poco a poco, se desvanecían nuestros juegos, la defensa de las hembras y nuestras criaturas vulnerables frente a los gigantescos depredadores, las cacerías de orcas y calamares colosales, las alegrías del cortejo y el apareamiento, acompañadas por esa intensa ternura que es el amor.

»Con el paso de los años, nuestra naturaleza nos impulsaba, a los machos, a dispersarnos en grupos reducidos, mientras que las hembras permanecían unidas. De forma gradual nos dábamos cuenta de que nuestros hijos se alejaban para nadar sin nosotros y encontrar su destino, tal vez en otros mares lejanos. Aquellos chapoteos que a veces perturbaban nuestros sueños, aquellas risas que escuchábamos sin vislumbrar su profundo valor desaparecían en silencio, dejando una indeleble huella en nuestra memoria. Poco a poco dejaban de sentir la necesidad de que los protegiéramos y acudiésemos en su defensa. Ya no teníamos que enseñarles a cazar ni nos requerían para acompañarlos en las cacerías. Y así nos convertíamos en huérfanos de nuestros propios hijos.

»De forma gradual, sin conocer bien las razones, no alejábamos unos de otros, hasta que al final nos encontramos en la más completa soledad, sin que nadie nos necesite ni se acuerde de nuestros desvelos, pues la naturaleza los impulsa a formar una nueva familia con la que forjar su destino.

—Nosotros te haremos compañía —musité con gesto acariciador.

»Me ha complacido mucho poder hablar con vosotros y saber que puedo encontrar criaturas con las que compartir mi soledad. Pero todo tiene su tiempo. También tú necesitarás volver con tus padres y por ello deberás alejarte de mí. Es una ley inexorable

de la naturaleza, por lo que yo deberé seguir acompañado por mi negra soledad sin islas. Demasiado tarde he podido comprender la importancia de tener un amigo junto a mí.

»Volveré a preguntarme por el sentido de la existencia, por la razón de la vida y de nuevo me acompañarán los aterradores monstruos del sueño de la razón que se apoderarán de mí para intentar arrastrarme a los abismos. Pero no me dejaré vencer, pues los recuerdos de las horas de esplendor de juventud, de los días felices con mi hembra y vástagos, de la alegría de las ondas y las cacerías con mis seres queridos, siempre permanecerán dentro de mí.

»En mi soledad, mi mayor deseo es que los hombres no vuelvan a atacarme, que pregunten a su corazón y hagan lo correcto —prosiguió—. Quiero ser su amigo, pero algunos humanos no lo comprenden y aparecen por estos mares, en el corazón mismo de los océanos, con el único propósito de agredirme y acabar con mi vida. Y, si me atacan, me enfureceré y me obligarán a defenderme y destruirlos. Y todo acabará sumergido en una tristeza infinita.

Estábamos tan pendientes de nuestra conversación que ni el cachalote ni nosotros nos habíamos percatado de que un bote impulsado por remos se había aproximado peligrosamente. De pronto, uno de los tripulantes, lanzó con fuerza inusitada un afilado arpón que se clavó en el costado del cachalote.

A partir de este momento, presenciábamos aterrizados un terrible espectáculo.

El cachalote desapareció en las profundidades arrastrando a gran velocidad el bote y remeros, que largaban el cabo del arpón, arrollado a la bita. De pronto, cuando parecía que la embarcación amenazaba hundirse, todo se transformó en una tensa y angustiada calma. Los tripulantes oteaban atemorizados las aguas sin ser capaces siquiera de respirar, con un temor ancestral reflejado en sus semblantes. Hasta que de las profundidades surgió un colosal cráneo que abrió sus gigantescas fauces para cerrarlas sin piedad sobre embarcación y tripulantes, que desaparecieron en las profundidades.

Pero la tragedia proseguía. El cetáceo se lanzó sobre el buque ballenero que intentaba alejarse de la zona. Su gigantesco cráneo golpeó como un terrible martillo el casco del buque, que se deshizo en pedazos, al tiempo que se derrumbaban mástiles y velamen. El cetáceo se revolvió y comenzó a agitar las aguas con sus enormes aletas caudales, formando un gigantesco remolino que engulló los restos de la embarcación junto con sus tripulantes.

Sobrecogidos, pudimos ver, antes de que el ballenero desapareciera bajo las aguas, las doradas letras inscritas en la parte superior del casco, próximas a la proa: ESSEX.

El cachalote había desaparecido también y nunca más volvimos a verlo ni tener noticias suyas.

Griiiiittzzz, al notar mi angustia, me trasladó a esa velocidad irreal que reservaba para estas complicadas situaciones, al puerto de mi hogar para que pudiera estar al amanecer en mi casa, antes de que despertaran mis padres.

—Recuerda —me dijo, volviéndose hacia mí antes de despedirse— lo que has aprendido. Siempre debes hacer lo correcto. Y si tus acciones resultan en provecho para unos y no

causan menoscabos a nadie, entonces sabrás que esas acciones son las correctas. Y esa certeza hará que tú misma te sientas satisfecha y dichosa.

—Y muchas más cosas, además, has prendido: el tesoro que significan el amor y la amistad, la importancia de exprimir todas las páginas que nos da la vida... Al contrario que las de los libros, las páginas de la vida se desvanecen como las nubes y las olas y no podemos reescribirlas, salvo en nuestras evocaciones... Pero de esto platicaremos en otras travesías.

Y con estos silbidos, de un salto se sumergió para luego reaparecer navegando hacia el horizonte.

## Amanecer

Aquella noche no pude conciliar el sueño y permanecí acostada con un ojo abierto y otro cerrado, como había visto que hacían los delfines.

Me levanté a las primeras luces del alba, que penetraban trémulas por las rendijas de las contraventanas.

Tras muchos meses de lluvias y cielo sombrío y borrascoso, el sol emergía pujante, cubriendo el mar y las flores del jardín con una suave polifonía de colores.

Mi padre, que acababa de regresar de una dura campaña, estaba con mi madre mirando las azaleas, que habían brotado y se expandían, y el capullo de la rosa que asomaba tímido en su rama, a la espera de los cuidados que la hacían sentir importante.

Me abracé a ellos con intensidad, absorbiendo aquella hermosa página que la vida me estaba regalando. Fue uno de los días mágicos de mi vida, pleno de felicidad, en el que nunca pensamos en las horas oscuras y en las luchas contra la adversidad.

Percibí que la relación con mi padre se había transformado y que ahora lo contemplaba con una nueva mirada, con los ojos de la comprensión y del amor. Había aprendido que el Gran Sol no era un paraíso, sino un mundo duro en el que mi padre trabajaba incansable para proporcionarnos todo lo necesario en la vida. Lo hacía por el amor que nos profesaba. Y que el paraíso no estaba allí; se encontraba aquí, en nuestro hogar. Me abracé a su cintura con toda mi energía, deseando que el momento fuera eterno. Nunca había sentido, como ahora, su energía y cariño. Mi padre acarició suavemente mis cabellos y mi madre, al contemplar la escena, sonrió con ternura y se unió a nuestro abrazo. El tiempo se detuvo y las azaleas continuaron expandiéndose por el prado en torno a nosotros.

Al *luscofusco*, permanecí escondida hasta que las diminutas hadas llegaron en sus carrozas de resplandecientes gotas de rocío y se posaron en las azaleas que se habían extendido por todo el prado, como hace el amor verdadero. Y la más hermosa, se acercó a la rosa, que comenzó a abrir su corazón y mostrar su belleza en todo su esplendor.

A lo lejos, desde las aguas que centelleaban a la luz de la luna sonriente, se escuchaban los silbidos de un delfín.

**FIN**